

repetir palabras extranjeras que no entiende, echa mano de las de su lenguaje cuyo sonido más se aproxima á aquéllas, y salta por encima de todas las reglas filológicas.

Además, la gente de mal vivir que encontramos en las continuaciones de *la Celestina* es la que más comunmente confunde las dos letras; y á juzgar por los reniegos y los votos á Mahoma y á la casa de Meca, como también por ordenanzas de algunas ciudades, muchos había entre ellos más ó menos convertidos. Si éstos pronunciaban mal, ¿no lo pueden también haber hecho los primeros pícaros ó quienes les oían? Cuestiones son éstas á que tengo que abstenerme de contestar, y si las he propuesto no ha sido otra mi intención que ver el problema discutido y resuelto por los que saben.

Bryn Mawr College (Pensylvania).

JULIÁN RIBERA

ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA

DE

RAIMUNDO LULIO

Este ha sido uno de los problemas de más difícil solución que se han ofrecido en la historia de la Filosofía española: el estilo obscuro de este filósofo, su raro tecnicismo, su extravagante método, sus extrañas afirmaciones, unido todo á la costumbre suya de no citar las fuentes de su doctrina, han sido causa de que sus ideas no hayan podido ser bien comprendidas, ni se haya precisado bien la derivación de su sistema.

Nace Lulio en Mallorca poco después de ser conquistada por D. Jaime; procede de familia militar (era hijo de un caballero que acompañó al Rey en aquellas jornadas); en su tiempo no es de presumir que hubiese en la isla tradición de estudios cristianos ni escuelas bien organizadas en las que se pudiera aprender Filosofía; un sistema tan complicado como el de este filósofo no suele presentarse de repente, por modo espontáneo, en ninguna región de la tierra; ocurre, sin embargo, que antes de que el Doctor Iluminado visitara los grandes centros del saber europeo, aparece ya él en medio de las austeridades de una vida solitaria de ermitaño, sorprendiendo al mundo con la portentosa novedad de su doctrina.

Los fáciles de convencer, que se satisfacen con cualquier explicación, pueden descansar, sin empeñarse en largas investigaciones, admitiendo como indudable que Lulio se formó sin maestros, sin lectura de libros, y que todo

se le presentara á la mente por modo infuso ó por iluminación; mas toda persona medianamente instruída y discreta no puede atenerse á tales explicaciones, sobre todo después de haberse demostrado, con pruebas bastante palmarias, que Raimundo muchas veces dice lo que dijeron otros filósofos más antiguos, infieles ó paganos, que de ningún modo pudieron recibir los favores de la iluminación divina.

Las obscuras noticias que se tienen de los tiempos de la juventud de Lulio, no dan cuenta de modo claro de la marcha de sus estudios ni de cómo se formó la trabazón y enlace de sus ideas. Ha tenido que acudir, para salir de dudas, á otro procedimiento: el de comparar sus doctrinas con las de filósofos anteriores ó coetáneos. Sólo así se han podido señalar ciertas coincidencias con algunos muy conocidos; se han visto translucir en sus afirmaciones ideas de Aristóteles, Duns Scotto, Santo Tomás, algunos autores árabes como Avicena, etc., etc.; pero ha quedado serie tan grande de cosas inexplicadas, tan excesivo número de residuos, que le hacen aparecer como fenómeno extraordinario y anormal.

¿Y no ha podido suceder que haya él seguido modelos ignorados y que hubiéramos aplicado á portentosa originalidad suya, lo que no es otra cosa que desconocimiento nuestro de los precedentes de sus doctrinas? ¿Han sido bastante estudiadas las corrientes arábicas que pudieron influir en la filosofía del Doctor Iluminado?

La instrucción arábica de Lulio no procede de malas traducciones latinas, que algunos escolásticos de su edad utilizaron, sino directamente de la lectura de los textos originales. Una ilustración tan profunda y universal como la que poseía el filósofo mallorquín no se consigue sin manejar muy diestramente un instrumento adecuado: es preciso conocer bien la lengua en que las materias estén tratadas; de él se sabe que no había aprendido latín en las escuelas, pues confiesa paladinamente que no sabía gramática: «perque eu, Ramón (dice en el prólogo á su obra *Els cent*

noms de Deus), supplich al Sant Pare apostólich é als senyors Cardenals que' el fassen pausar en latí, car eu no li sabría pausar, *per ço car ignor la gramática*;» en catalán, que era su lengua nativa, y en la que escribía y hablaba, no pudo hacer estudios de Filosofía, porque no se hallaban entonces esas materias escritas en lengua vulgar; en cambio, era maestro distinguido en lengua arábica.

Por este conducto especial ha de buscarse la filiación de su sistema, ya que sus estudios árabes no fueron, como hemos dicho, superficiales y de preparación vulgar. Si fuera necesario probar el hecho, costaría poco recoger las noticias de sus biógrafos, los cuales dicen que aprendió el árabe de un esclavo sarraceno (bastante instruído para sostener acaloradas discusiones con Lulio); se citaría el hecho de haber escrito dos libros, el *Teliph* y el *Atehuidí* (?), en idioma arábigo (Weyler añade el tratado de *Contemplación*); que discutió en Bujía con profundos filósofos, en Bona con cincuenta doctores árabes, etc.; y todo esto no puede hacerse conociendo únicamente la lengua del pueblo, sin estar muy familiarizado con el tecnicismo científico: él instruía á los frailes menores de su Colegio de Miramar, no sólo en la lengua árabe, sino también en saberes y sistemas que, según declara en el *Desconort*, eran á propósito para reducir á los moros por *razones necesarias*, ya que no era eficaz, á su juicio, la preparación ordinaria de los misioneros.

En *Blanquerna* dice que la Fe había ido á tierras de moros y que allí había encontrado á muchos hombres sabios en Filosofía, los cuales no creían en los propios dogmas de Mahoma, ni querían admitir autoridades de santos, ni tener creencia verdadera sin inteligencia, etc. «Ara (dice en *Félix de les maravelles del mon*, tomo I, pág. 94, edición Aguiló) som sdevenguts en temps que les gents amarahons necessaries, per ço car son fundades en grans sciences de philosophía é de theologia.»

Lulio profesaba especial cariño á los musulmanes, nacido, sin duda alguna, del estudio de los libros árabes, que

no se explica sólo por aquella caridad apostólica que re-bosaba en su pecho, siempre generoso, noble y cristiano, puesto que hay cierta mezcla de admiración particular por la ciencia y las virtudes de los moros. Véase el siguiente pasaje del *Félix*, donde afirma que los moros son más sensatos y juiciosos que los cristianos:

«La rahó per la qual majorment *envelleix avans e mor avans chrestíá que sarrahí*, es car lo sarrahí usa mes de coses dolces, qui son caldes é humides, que lo chrestíá; é ab la aygua que beu multiplica la humiditat, per la qual dura humit radical; é chrestíá qui beu vi, que es calt é sech, multiplica la calor é consuma la humiditat. Senyer, dix Félix, ¿per qual natura han los sarrahins mes de seny hon pus envellexen, é los chrestíáns ne han menys? Lo hermitá dix que lo vi qui es vaporatíu, é la vianda que los chrestíáns reeben més que los sarrahins, es occassió de destrucció del servell, en lo qual se fa la emprenció de entendre; é la aygua, que es freda é humida, es atemperament de les vapors; car per la humiditat puguen á la humiditat del servell, é per la fredor ne devallen, com sia la humiditat leus, é la fredor greu, per rahó del subject en que son; é car lo servell es fret é humit, pot esser pus atemperat per ses semblants vapors, que per ses dessemblants. A conservar juventut se cové mils ampla vestadura que streta, per co que láer, per ampla vestadura, puscha participar ab la superficie dels cors, per lo qual áer calt pusquen exir les vapors del cors quen vol gitar la potencia digestiva; é per láer fret se restrenyen los porus, e román dintre lo cors la calor natural, é fa sen mils la digestió, per la qual mils se conserva juventut en hom jove, e vellesa en hom vell (1).»

No se limitaba la admiración de Lulio á modas exclusivamente profanas, sino que transcendía á costumbres religiosas de los moros, las cuales, no sólo recuerda él proponiéndolas como ejemplo para excitar á los cristianos, sino

(1) *Félix de les maravelles del mon*, tomo I, pág. 292.

pretendiendo introducir en el cristianismo esas prácticas devotas de los musulmanes.

El quería que los cristianos pusiesen al principio de sus cartas el nombre de Jesucristo, como los sarracenos ponen el nombre de Mahoma (véase *El Amigo y el Amado*, versículo 156); él no quería la confusión que se observa en las iglesias cristianas, en las que se reúnen hombres y mujeres, y ordena (haciendo de Obispo en *Blanquerna*): «que no se permitiría en adelante que los hombres y las mujeres entre sí pudieran verse en la iglesia;» y (valiéndose del ejemplo de los judíos y de los moros) dice: «que si aquéllos que son infieles y se hallan en error y en vía de condenación tienen y observan esta buena ordenación, con cuánto mayor motivo debemos guardarla y observarla los que somos cristianos.»

Dice Lulio en su *Blanquerna* (tomo II, pág. 134, edición de la *Revista de Madrid*): «Preguntóle el Papa (que, como es sabido, es personificación del mismo Lulio) á un Cardenal si había visto llorar á alguno en su sermón. Y respondió el Cardenal que no había visto llorar á nadie, pero sí había visto dormir á muchos (cristianos) en su sermón. ¡Gran maravilla, dijo el Papa á los Cardenales, cómo las gentes tienen tan poca devoción en los sermones, cuando los sarracenos, que viven en error, lloran en los sermones y los oyen con tanta devoción! Respondió á la sazón un Secretario de la lengua arábica que tenía el Papa, y dijo: que los sarracenos predicaban de devoción y de las glorias del paraíso y de las penas infernales; y por esto tienen tanta devoción en sus sermones y lloran por la devoción que tienen.....»

Y (con arreglo á esto) «ordenó después el Santo Padre que algunos hombres devotos y de santa vida anduviesen todos los días por las calles de las ciudades, diciendo y proponiendo á las gentes consideraciones de las penas infernales y de la gloria celestial, para que las tuviesen presentes todos los días.»

En el prólogo de la obra *Els cent noms de Deus* expresa claramente su deseo de introducir la práctica de que se

canten (los versos que hizo Lulio á los *Nombres de Dios*) en las iglesias, como los sarracenos salmodian el Alcorán en las mezquitas, y sabido es que los *Nombres de Dios* es letanía musulmana.

No se crea que hemos ido sólo en busca de aquellos textos que sirvan para probar una tesis; hemos recorrido las obras de que hemos podido disfrutar (*Blanquerna*, *Félix*, *Obras rimadas*, etc.), y no hemos tropezado una sola vez con textos donde trate á los moros despectivamente: siempre con cariño; de quien no habla bien jamás es de Mahoma, y eso porque *tuvo la culpa de que tantas miserables almas vayan corriendo á los infiernos, como las aguas del río no cesan de correr al mar*. Y aun de Mahoma no siempre, porque, según él, es cosa delicada hablar mal de Mahoma cuando se trate de convertir á moros, cosa que fué el afán constante de su vida.

Los moros con quienes trató Lulio no debieron ser personas muy vulgares, gente baja y de malas costumbres, como la hay en todo pueblo, sino con hombres virtuosos y ordenados, con gente sabia que hacía vida religiosa, con devotos ermitaños musulmanes, á quienes alimentaba la ilusión de convertir. Ni una sola vez acude á su memoria el tópico, ya inocente, de explicar el arraigo de los dogmas musulmanes por la holgura moral de su ley, por la falta de freno en las sensualidades, etc., etc.

Y en ello estuvo muy discreto, porque ¿cómo había de armonizarse con la confesión explícita de que la más hermosa y característica obra suya, el joyel de la literatura mística, la que ha sido considerada como el magnífico y sólido cimiento de la mística española, la escribió Lulio á imitación de las que hacían los eremitas musulmanes? Lo dice él mismo repetidamente en *Blanquerna*: «Otro mensajero del Cardenal pasó á la parte de Berbería, y allí vió á muchos galiadores (?) y alfaquines que predicaban á los moros el Alcorán y las bienaventuranzas de su paraíso; y les predicaban con tan devotas palabras, que cuasi todos los que las oían, lloraban. Admiróse mucho el mensajero de

la devoción que aquella gente tenía en aquellas palabras, siendo todo cuanto les predicaban un error muy grande; y conoció que por el buen modo y tan devoto que tenían aquéllos en predicar y llorar, y porque en las predicaciones les referían la vida de muchos hombres que morían por devoción, por esto lloraban aquellas gentes. También halló un *Libro del Amigo y del Amado*, en el cual se refiere que los hombres devotos hacían cánticos de Dios y del Amor, y cómo por el amor de Dios renunciaban los deleites temporales é iban por el mundo padeciendo pobreza y otros muchos trabajos (1).»

«..... pensó ir al ermitaño Blanquerna á rogarle hiciese un libro que tratase de la vida eremítica, para que los otros ermitaños se enseñasen con este libro á saber estar en contemplación y devoción..... (A Blanquerna) le vino en voluntad de hacer un libro del *Amigo y del Amado*, entendiéndolo por el *amigo* cualquier fiel y devoto cristiano, y por el *amado* á Dios Nuestro Señor.»

«Mientras Blanquerna estaba en esta consideración, se acordó de que en cierta ocasión, siendo él Papa, *le refirió un moro: que entre ellos había algunas personas religiosas, los cuales son muy respetados y estimados sobre los demás, y se llaman Sofies ó Morabutos, que suelen decir algunas parábolas de amor, y breves sentencias que influyen al hombre gran devoción, y necesitan de exposición, y por la exposición sube el entendimiento más alto en su contemplación, por cuya elevación asciende la voluntad y multiplica más la devoción. Después de haber considerado todo eso, resolvió Blanquerna componer el libro según el dicho método* (2).....»

Hemos trasladado, á pesar de su extensión, todos los párrafos anteriores por creerlos de suma importancia: todos ellos, en conjunto, garantizan la formalidad con que Lulio declara (caso rarísimo en sus obras) las fuentes donde bebe; y esta confesión ha sido el hilo conductor

(1) *Blanquerna*, tomo II, págs. 105 y 106.

(2) Tomo II, págs. 158, 159 y 160.

que nos ha guiado en la investigación de sus modelos.

Del estudio de algunas obras de los sufíes musulmanes hemos sacado la convicción profunda de que el célebre filósofo mallorquín es *un sufí cristiano*.

Aquel despego suyo de toda Orden monástica ó regular; su profesión de solitario eremita en la que exclusivamente sirve á su *Amado*; aquel andar desnudo y pobre discurriendo de tierra en tierra, predicando, unas veces, por calles y plazas, en formas rudas, á grandes y pequeños, proponiendo que se taña por las noches un caracol para que las gentes cuiden de hacer examen de conciencia (á riesgo de que le tachen de fatuo y loco), otras, evangelizando por montes y valles, yendo á merced del cielo que le mantiene, ó retirado en una cueva en extática contemplación, en compañía de su *Amado*, sin las soledades en que se encontraba en la humana sociedad: todo eso, lo hacían por las costas de Africa, por él visitadas, multitud incontable de morabitos moros de su tiempo.

Aquél su criterio especial científico en que toda ciencia se tiene por infusa ó por iluminación de Dios, y se presenta sin aparato erudito, en el que la fe es superior al entendimiento y la verdad es principio común á ambos, y el entendimiento sube por una escala donde la fe le precede, y en ésta se apoya aquél para penetrar los secretos de Dios; aquella disposición unitaria de la ciencia, donde todo, alto y bajo, sensible é intelectual, se armoniza, reduciéndose las mayores discordancias y antinomias: todo esto, lo profesaban y decían los morabitos musulmanes bastantes años antes de que él naciera.

Aquellas afirmaciones audaces de sabor panteísta ó quietista, en las que asegura que en cierto grado extático el *Amado* y el *Amigo* se hacen actualidad única en esencia, bien avenidas al propio tiempo con profundas convicciones de la más pura ortodoxia; aquellos argumentos metafísico-teológicos, donde algunos autores ven una mezcla confusa de lo místico con lo vulgar, lo sagrado con lo profano, lo que parece una sandez con la ocurrencia más sutil, ar-

gumentos que muchos cristianos no comprendían y á Lulio parecían tan claros; aquel tecnicismo tan extraño, tan incomprensible, del que se ha dicho que se ha perdido la llave de su inteligencia; aquellos dejos cabalísticos de su sistema, etc.; eran tecnicismo, doctrina y maneras de decir de místicos musulmanes contemporáneos de Lulio.

Aquel método especial didáctico que se tiene como innovación introducida por el Doctor Iluminado, por el que todo se enseña en verso, incluso la lógica, y todo se vulgariza en prosa por medios figurativos (no en forma especulativa y abstracta, sino con representaciones gráficas, con schemas, círculos concéntricos, excéntricos, cuadrados, etc.), para que entre por los ojos en la inteligencia de las muchedumbres, era método peculiar y característico de los sufíes musulmanes coetáneos de Lulio.

Para probar estas afirmaciones y demostrar la semejanza de ideas y conducta, podríamos ir acumulando testimonios de la vida andante de muchos sufíes españoles que pasaron por el Norte de Africa en tiempos inmediatamente anteriores á los de Lulio, y se hicieron célebres por su talento y devoción, v. gr., el morabito murciano Abensabín, filósofo que iba predicando por calles y plazas, que enseñaba por símbolos y alegorías, y para exponer sus metafísicas disquisiciones empleaba un lenguaje enigmático y obscuro, tras del cual se escondían sus audaces doctrinas de no muy segura ortodoxia; ó el asceta Abenbud, también murciano, descendiente de personas muy principales, que anduvo por el mundo cubierto con su célebre capuchón y raro traje de anacoreta (sobre el que se destacaba su blanca y venerable barba); entregado á penitencias, austeridades, visiones místicas, meditabundo siempre, siempre triste y sollozando, y cuyos versos despedían á cien leguas un tufillo panteísta; ó el célebre guadijeño el Xextorí, sapientísimo varón á quien acompañaban multitud de pobres y desarrapados ermitaños, extasiándose al oír recitar á su maestro sus *moaxahas* y *zachales* de asombrosa espontaneidad, en las que cantaba sus místicos

amores; ó el Harelí, ó Abulabás, murcianos los dos; ó Alfarid, Alafif, Abumadián, etc., etc.; es decir, una turbamulta que pululaba por Occidente y Oriente y hacía la misma vida y profesaba semejantes ideas.

Mas entre todos ellos se yergue y descuella, como las cumbres del Moncayo sobre los montecillos que las circundan, un doctísimo varón, metafísico profundo, gran poeta místico, maestro universal, Mohidín Abenarabí, de Murcia, cuya vida, opiniones y sistema son como un retrato anticipado de la vida; opiniones y sistema del filósofo mallorquín.

Hay coincidencias muy curiosas en la vida de ambos personajes; unas son completamente fortuitas; otras no pueden ser casuales: denuncian relación personal de modelo y copia.

Aprovechándonos de los numerosos datos biográficos esparcidos en las voluminosas obras de este místico musulmán-español (*Alfotuhát, Almohadarat, el Diván* de sus poesías, publicadas en el Cairo) y de las notas biográficas que nos proporcionan algunos autores (Almacari, Abenxáquir, Abenalcadí, etc.), trataremos de bosquejar el cuadro de su vida.

Según él mismo nos refiere, nació en Murcia en el año 1165 de nuestra Era, de familia acomodada, de antigua y noble estirpe. Entre sus antepasados habían ocurrido ejemplos de rápidas mutaciones de conducta, de vida suelta y mundanal, á la austera y retirada; un tío suyo, por parte de madre, Yahia (hijo de Tugán), Rey de Tremecén, conmovido por las rudas advertencias de un morabito á quien encontró cierto día en que andaba él cabalgando por las inmediaciones de esa ciudad acompañado de sus cortesanos, apeóse del caballo, despojóse de sus vestiduras reales, se puso á llorar, y se fué luego á servir á Dios en compañía del ermitaño; y allí, en el retiro, se ganaba la vida haciendo leña de los bosques, la cual iba á vender al mercado de Tremecén, donde la gente solicitaba con respeto sus plegarias y oraciones.

A nuestro Mohidín debió también ocurrirle algo que determinara un cambio de ideas y de vida: él recuerda en su vejez, con pesar y remordimiento, aquellos años de su alegre juventud que transcurrieron sin que se acordara de Dios, en sus cacerías por los campos de Carmona y Palma del Río con los halcones y caballos de su padre. Los ocho primeros años de su vida los pasó en Murcia; después trasladáronle sus padres á Sevilla. De los tiempos de su infancia apenas recuerda sino algunas palabras oídas pronunciar al predicador en el púlpito de la aljama de aquella ciudad.

Vivió en Sevilla durante sus mocedades; luego dióse á viajar; por fin se fué á Oriente, de donde jamás volvió.

Como los jóvenes de su tiempo, aprendió lecturas alcoránicas, literatura, historia, etc.; un tío suyo, hermano de su padre, se entretenía enseñándole versos.

En una excursión que hizo á Córdoba, compuso algunos con motivo de la visita que hizo á Medina Azahra, cuyas ruínas eran ya entonces mansión de alimañas y fieras.

Llegado á mayor edad, parece que fué nombrado Secretario del Gobierno de Sevilla.

No sabemos si las exhortaciones de su piadosa madre, ó las de Mariam, su mujer, ú otras causas, determinaron en él la dirección nueva: lo cierto es que Abulabás el Magrebí, sufi sevillano, procedente de los Algarbes, fué su primer maestro en las ciencias divinas, y que á la cátedra de este doctor asistía aquél juntamente con otros sevillanos compañeros de Orden, á cuyo recuerdo dedicó posteriormente una obra histórica refiriendo noticias de esa escuela.

En los libros de Mohidín que se han conservado y conocemos, se hace mención frecuente de haber leído él y aprendido algunas obras del filósofo español Abenhazam; se recuerda el haber manejado *El secreto de los secretos*, obra que corría por las escuelas árabes como de Aristóteles, además de otros tratados que no estaban muy en ar-

monía con las enseñanzas de la ortodoxia oficial. Da noticia de algunas polémicas ó discusiones que tuvo con algunos *motáciles* y filósofos, en las que, por supuesto, siempre salía vencedor.

Sin embargo, su principal ocupación en aquel tiempo era ya frecuentar el trato de ermitaños y morabitos. Uno de los recuerdos que con más cariño le venía á la memoria era la vida y costumbres de una piadosa mujer con quien le unieron lazos de hermandad en el servicio de Dios: Fátima la sevillana, la sufi, para la cual el propio Mohidín construyó una choza de cañas, donde vivió ella retirada y pobremente. Las relaciones entre ambos no podían ser ni más honestas ni más platónicas: él iba acompañado de su madre á visitarla; y aunque nos refiere que se ruborizaba al ver lo sonrosado de las mejillas de aquella mujer, que por la buena conservación de sus carnes parecía una joven de catorce años, hay que saber que esa señora tenía, siendo él muy joven, sus noventa y cinco años bien pasados y cumplidos.

Además de esta beata, conserva memoria de otra de Marchena, á quien él llamaba *El sol de las siervas de Alá, la madre de los pobres* (faquires); de otra de Sevilla, Omazahra, y, en fin, de una multitud incontable de ascetas, místicos y ermitaños que pululaban por Sevilla, por el Aljarfe, por Ronda, Marchena, Córdoba, Granada, etc.

El maestro de cuyas enseñanzas se acuerda de modo más insistente, es de Abdalá el de Morón, del cual aprendió la teología.

Llegado á mayor edad y provisto de buen caudal de conocimientos (conocía, según él, la civilización árabe, persa, griega é india), emprendió algunos viajes: fué á Túnez; de allí recuerda haber compuesto en la aljama Aceitún una poesía que luego, de retorno, con gran sorpresa, encontróse que, sin haberla escrito él ni haberla comunicado á nadie, la recitaban como suya por los mercados de Sevilla. Estuvo en Fez; en la aljama de esta ciudad recibió iluminaciones celestiales; en el jardín de A ben-

hayún, donde se reunían sus devotos, se hizo admirar por la sabiduría que revelaba en sus discursos. Al pasar por Ceuta estudió en casa de un asceta discípulo de Algazalí, autor cuyas doctrinas gustaba Mohidín de poner en verso.

Antes de advertir la misión que el cielo le tenía reservada en Oriente, estuvo en otras comarcas: se le ve á la edad de veintinueve años en Tarifa y en Tremecén (donde visita el sepulcro de su tío, el venerable Yahia, mencionado antes); en Túnez á los treinta; á los treinta y uno en Fez; á los treinta y dos de nuevo en Sevilla; de aquí vuelve á Fez; á los treinta y cinco años en Granada (y en Almería, donde compone una obra alegórica y mística), y á los treinta y siete lo encontramos en Marruecos.

En esta ciudad es donde ya recibe aviso del cielo diciendo que debía ir á Oriente: un pájaro de maravillosa hermosura se lo advierte revoloteando por la habitación ó ermita donde él se hallaba. Impulsado por este aviso prodigioso, parte para Oriente; pasa por Fez y Bujía, donde un portentoso sueño que le ocurre lo explica un adivino diciendo que el hombre que lo ha tenido ha de ser conocedor de todas las ciencias divinas y humanas; pasa por Túnez, ciudad que fué testigo de sus exaltaciones piadosas: iba á visitar á sus hermanos en una cueva situada en medio de los cementerios de la parte oriental; por Egipto, del que no debió llevarse buen recuerdo por el escándalo que causaron sus ideas: estuvieron á punto de matarle por hereje; de allí se fué á la Meca.

En la capital del islamismo recibe grandes iluminaciones de Dios, sobre todo al tiempo de dar vueltas alrededor de la Caba (esas iluminaciones motivaron su obra principal): tenía entonces treinta y nueve años; á los cuarenta y uno aparece en Bagdad y en Mosul; á los cuarenta y dos se halla en las cercanías de Armenia (estuvo en Miafaricáin, Diarbéquer, Iconia, Sivas, etc.); vuelve á Egipto (y á Jerusalén y Bagdad); poco después se le ve en Malatia (Asia Menor), en país dominado por los griegos bizantinos, y contrae matrimonio, del que le nacen dos